

# Seis secretos de la vida cristiana

El milagro de  
andar con Dios



Zane C. Hodges

# SEIS SECRETOS DE LA VIDA CRISTIANA

*El milagro de  
andar con Dios*

Por

Zane C. Hodges

Seis secretos de la vida cristiana  
El milagro de andar con Dios

Copyright © 2026 by Zane Hodges Library

*www.ZaneHodges.org*

*Hodges, Zane C. (1932–2008)*

*Traducción y edición en español: Óscar Pellús Ruiz*

*Diseño de portada: Debbie Payne*

*A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas se toman de la Versión Reina-Valera 1960 © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina.  
Usadas con permiso.*

*Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o por cualquier otro medio—, salvo breves citas en reseñas impresas, sin permiso previo por escrito de la editorial o de los titulares del copyright.*

Este libro se dedica con gratitud a los cristianos de la

**Tabernacle Baptist Church**

en George, Iowa

## Índice

<b>Prefacio</b> .....	1
<b>Prólogo</b> .....	4
<b>1. ¿Cómo?</b> .....	6
<b>2. El espejo maravilloso de Dios</b> .....	12
<b>3. Ver lo que somos</b> .....	20
<b>4. Viviendo en la luz</b> .....	28
<b>5. Si pedimos</b> .....	35
<b>6. Una mentalidad espiritual</b> .....	43
<b>Epílogo</b> .....	52

## Prefacio

**H**ace casi treinta años decidí dejar el pastorado.  
Estaba frustrado.  
Estaba enojado.

Estaba frustrado por *estar* enojado.

Me odiaba a mí mismo más de lo que puedo expresar. Y sentía que ya no podía seguir siendo pastor con integridad. Decidí que tenía que dejar el ministerio, e incluso se lo comuniqué a mi familia. Recuerdo a Red en la película *Sueño de fuga* diciéndole a Andy que no tuviera esperanza. Me veía reflejado en su consejo. Yo no tenía esperanza. Estaba acabado. Llamé a Zane Hodges para decirle que lo dejaba. Él había invertido mucho en mi vida. Sentía que, como mínimo, le debía eso.

—Aguanta —me dijo—. Te acompañaré en esto.

Le dije que no, que no quería. Estaba harto de “secretos” y “claves”. Nunca funcionan.

Pero Zane insistió:

—Te prometo que te acompañaré en esto y algún día podrás ayudar a otros.

Respetaba mucho a Zane. Si había alguien capaz de sacar esto adelante, pensaba que era él. Accedí a hablar con él.

Así que, a lo largo de un año, Zane me fue guiando por verdades que cambiarían mi vida y, en última instancia, me darían esperanza. Para mi sorpresa, pasamos mucho tiempo en 1 y 2 Samuel. También discutimos los temas que más tarde él publicaría como *Seis secretos de la vida cristiana*. Esas conversaciones cambiaron mi vida y mi ministerio. Me quedé.

## Prefacio

Independientemente de lo que creas, sospecho que hay millones de creyentes que temen “quedar al descubierto”. Supongo que millones leen Romanos 7:15-24 y piensan: “Igual que yo”. Estoy seguro de que hay personas que han puesto su fe únicamente en Cristo para la vida eterna, que han nacido de nuevo y que, si fueran honestas, admitirían que hay momentos en que la magnitud y la frecuencia de su pecado las deja atónitas y temerosas. La fornicación, la ira, la pereza y cosas semejantes las abruma. Pero la honestidad se mantiene a cierta distancia. ¿Por qué? Nadie quiere pensar que “nunca lo tuvo” o que en algún momento “lo perdió”. Así que se ven abocados a vivir en negación, temor o, como yo, a rendirse. A ti quiero decirte que hay esperanza. Mi deseo sincero es que tú también llegues a darte cuenta del amor y el poder de Aquel que es Salvador, no solo eternamente, sino día a día.

Esto puede sonar sorprendente, pero cuando leí por primera vez el libro ya terminado, no me gustó mucho. La forma de escribir era extraña. Era demasiado “esquelética”. Parecía que no decía gran cosa. Así que llamé a Zane y le pregunté por qué lo había escrito así. Me dijo que *Seis secretos* estaba pensado para ser esquelético. Su propósito era enseñar principios básicos que se aprenderían mejor al ponerlos en práctica. La “carne” que él me ayudó a ponerle fue un resultado directo de mi propia vida y de mi situación.

Por eso *Seis secretos* podría parecer poco útil al principio. Es porque leerlo en papel es muy distinto de vivir estos principios en la práctica. *Seis secretos* te da los huesos. Vívelos, y la vida pondrá carne sobre esos huesos.

Creo que *Seis secretos* es especialmente importante a la luz de cómo algunos críticos nos llaman la posición “sin señorío”. Lo que nunca han entendido acerca de la posición de la gracia gratuita es que coincidimos en que el señorío de Cristo es un *aspecto* esencial de toda buena teología y el *objetivo* esencial de toda buena teología.

Quizás, para sorpresa de algunos, estoy profundamente agradecido por la teología del señorío y por quienes la defienden. Al hablar con ellos y leer sus ideas, me parece que al menos una razón por la que tanto les desagrada la teología de la gracia gratuita es el miedo. Y es un miedo legítimo. Les preocupa el honor de Cristo. Les preocupa que teologías como la nuestra enseñen un tipo de

## Prefacio

antinomianismo que no honre al Señor. Por lo que he oído y leído de ellos, es evidente que la mayoría no comprende nuestra teología, y en algunos casos, la tergiversan deliberadamente. Llamarla la posición “sin señorío” es un ejemplo de esa tergiversación. Que el Señor les conceda misericordia por ello.

Lo que nuestros críticos no entienden es que solo la teología de la gracia gratuita puede tomar en serio el señorío de Cristo. Solo la teología de la gracia gratuita puede llevarnos al objetivo que todos queremos. Solo la exégesis adecuada produce la teología adecuada. La teología de la gracia gratuita es teología bíblica.

Nuestros críticos quieren alcanzar el señorío de Cristo con una decisión de la voluntad en el momento de la fe. Pero el señorío de Cristo sobre nuestras vidas es imposible de alcanzar con nuestras propias fuerzas. No podemos lograrlo sin el Espíritu Santo. No podemos lograrlo sin su gracia. De lo contrario, somos completamente incapaces. De hecho, reconocer y experimentar esa incapacidad y esa dependencia es una clave para comenzar a crecer en la vida cristiana. Por ejemplo, cuando le dije a Zane que me enojaba mucho, él me enseñó que el fracaso, cuando se afronta adecuadamente, puede ser un gran medio de crecimiento en la vida cristiana. Por supuesto, no quiso decir que el pecado fuera algo bueno. Lo que *sí* enseñó fue cómo aprender de mis fracasos para honrar a Cristo.

Realmente creo que *Seis secretos* tiene el potencial de sacudir radicalmente tu vida cristiana para bien. Si quieres madurar en tu andar con Cristo, lee este libro. Zane no creía —ni yo sugiero— que esto sea todo lo que necesitas saber. Lo que estoy diciendo es que estos son seis elementos esenciales sin los cuales no puedes crecer.

Sigo pasando por momentos de gran decepción personal. Sigo viviendo de manera contraria a como sé que debería vivir. Pero en *Sueño de fuga*, Andy tenía razón, no Red. La esperanza es algo bueno. Y es algo que nunca tuve hasta que comprendí estos principios. Hoy tengo esperanza. Pero mi esperanza no está en mí. Está en un Salvador que sigue salvando.

Dan Hauge  
Pastor, Grace Bible Church  
Bellevue, Nebraska

## Prólogo

**H**ace unos años, Jimmy creyó en el Señor Jesucristo para recibir el regalo gratuito de la vida eterna. Él sabe que está eternamente salvo y destinado a vivir para siempre en el Reino de Dios.

Su experiencia inicial de la vida cristiana fue un descubrimiento gozoso, mientras aprendía cada vez más acerca de la Palabra de Dios en la iglesia a la que asistía, donde se enseñaba la Biblia. Dios también respondió a muchas de sus oraciones.

Pero ahora, varios años después, se siente atascado. El cristianismo le parece menos gozoso y está luchando sin éxito contra algunos pecados personales.

Un día se topa con Tom, un cristiano de más edad al que no había visto desde hacía tiempo. Al cabo de unos minutos, Tom le preguntó a Jimmy:

—Entonces, ¿cómo te va en tu vida cristiana, Jimmy?

—Bueno, Tom, no lo sé. Supongo que no muy bien.

—¿Cómo es eso, Jimmy? ¿Cuál es el problema?

—Pues... siento que todo es una lucha. Tengo algunos malos hábitos que simplemente no consigo dejar.

—¿Cómo cuáles?

—Bueno, no quiero convertir esto en una confesión, pero uno de mis problemas es que no consigo ser paciente. Me enoja mucho con algunas personas en el trabajo y, a veces, pierdo la calma con ellas.

—¿Eso es todo?

—No. Hay otras cosas también. Una que realmente me preocupa es que ya no tengo deseo de compartir la Palabra de Dios. Creo que estoy retrocediendo, Tom.

—Sinceramente, no suena bien, Jimmy. Me parece que necesitas sentarte y reflexionar sobre ello. Tienes que tomar la decisión de dejar de perder la calma en

## Prólogo

el trabajo y salir a compartir la Palabra de Dios sin importar cómo te sientas. Si de verdad estás comprometido con el Señor, podrás hacerlo. Así que no te rindas. Sigue intentándolo.

—Gracias, Tom. Me hacía falta escuchar algo así. Nos vemos pronto.

Pero esa noche Jimmy empezó a pensar. *Sé que estoy comprometido con Dios, se dijo a sí mismo. Voy a la iglesia con regularidad. Y realmente **me** estoy esforzando mucho. Pero no está funcionando.*

Y dijo en voz alta:

—¡Me pregunto qué me pasa!

## ¿Cómo?

Cómo vive un cristiano la vida cristiana?



¿Esforzándose mucho en ello?

¿Tomando la firme decisión de hacerlo?

¿Perseverando a pesar de todas las dificultades?

En el mejor de los casos, respuestas como estas no nos dicen mucho. En el peor, tergiversan la vida cristiana al ofrecer una visión desequilibrada de ella. Sugieren que el tipo de vida que agrada a Dios es, principalmente, una cuestión de esfuerzo y lucha.

Por supuesto, la mayoría de los creyentes en la Biblia querrían añadir algo acerca de recibir ayuda de Dios. Pero si entonces preguntamos: “¿Cómo nos ayuda Dios?”, las respuestas podrían resultar muy generales, quizá incluso vagas.

“Nos da fuerza”, podrían decir algunos. Pero ¿qué significa exactamente esto? ¿Cuál es la naturaleza de esa fuerza? Si es “espiritual”, ¿qué queremos decir realmente con “espiritual”?

El autor de este libro tuvo el privilegio de crecer bajo algunas de las mejores enseñanzas bíblicas en nuestro país. Muchos maestros piadosos contribuyeron significativamente a su vida cristiana. A todos ellos los reconozco con gratitud y doy gracias a Dios por ellos.

Pero a pesar de algunas enseñanzas excelentes, a menudo recibí la impresión de que la vida cristiana era, de una manera u otra, una cuestión de “dedicación”. Si estabas dedicado al Señor, vivías correctamente. Esto sin duda contiene una buena dosis de verdad, por supuesto. Pero ¿realmente aclara la naturaleza fundamental de la vida cristiana?

Creo que no. Al menos, no muy claramente. Por eso he escrito este libro.

## El cuerpo muerto del cristiano

Al hablar de la vida cristiana, hay una serie de pasajes bíblicos excelentes por los que podríamos comenzar. Pero uno de los mejores se encuentra en el octavo capítulo de Romanos. Allí el apóstol Pablo escribe:

*Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.*

– Romanos 8:10-11

En pocas palabras, aquí tenemos el problema fundamental de la vida cristiana. Todo cristiano habita en un **cuerpo muerto**.

A menudo lo olvidamos. O no nos damos cuenta en absoluto. Después de todo, estamos físicamente vivos. No estamos naturalmente inclinados a considerar nuestro cuerpo físico como muerto. Pero desde el punto de vista de Dios, eso es precisamente lo que es.

Pablo no deja ninguna duda sobre este hecho. Lo afirma claramente: *Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está **muerto** a causa del pecado*. No dice que el cuerpo está muerto “si Cristo **no** está en vosotros”, ¡sino *si Cristo **está** en vosotros!* ¡Esto describe la condición espiritual del cuerpo de un **cristiano!**

Un cristiano, por supuesto, es una persona que ha nacido de nuevo al creer en el Señor Jesucristo para el don gratuito de la vida eterna (véase Juan 3:16; 5:24; 6:47 y muchos otros versículos)<sup>1</sup>. Cuando esto sucede, su ser interior, o naturaleza, cambia. Pero el cuerpo físico permanece inalterado, igual que antes. Sigue infectado por el virus mortal del pecado, y como resultado es completamente

---

<sup>1</sup> Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. – Juan 3:16

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. – Juan 5:24

De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. – Juan 6:47

## ¿Cómo?

insensible a la nueva vida que el cristiano ahora posee.

La palabra “completamente” es importante aquí. El cuerpo físico no posee “solo un poco” de sensibilidad a la vida eterna que hay en nosotros. ¡No posee ninguna **en absoluto!** En otras palabras, con respecto al don de la vida que el creyente posee, ¡el cuerpo está **muerto!**

Este contraste es claro en las palabras de Pablo: *Pero si Cristo está en vosotros, **el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia.*** El cristiano está interiormente **vivo**, pero su “casa” física está **muerta**, es decir, totalmente incapaz de responder a la nueva vida interior. Entre estas dos condiciones completamente opuestas se abre un profundo abismo.

A nivel personal, Pablo era plenamente consciente de este abismo. En una etapa anterior de su vida cristiana (véase Romanos 7:9)<sup>2</sup>, había experimentado personalmente lo que significaba desear la voluntad de Dios interiormente y, sin embargo, ser incapaz de llevarla a cabo a través de su cuerpo físico. Romanos 7:15-25 describe vívidamente la lucha que esto produjo en ese período previo.

Ningún pasaje de la Escritura revela con mayor claridad el problema fundamental de la vida cristiana que Romanos 7. Aunque algunos han considerado que Romanos 7 describe los días de Pablo antes de su salvación, esto no resulta creíble. Como fariseo no regenerado y convencido de su propia justicia, no podría haber tenido la lucha espiritual tan profunda descrita en este capítulo.

En este pasaje, Pablo declara su deleite interior y espiritual en los mandamientos de Dios. Dice: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22). Sin embargo, de inmediato agrega (versículo 23): “pero veo otra ley en mis miembros [es decir, en los ‘miembros’ de su cuerpo], que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”.

No es de extrañar que, en un grito de exasperación, exclame (versículo 24): “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de **este cuerpo de muerte?**” Su propio

---

<sup>2</sup> Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.  
– Romanos 7:9

**cuerpo muerto** lo frustraba.

Por lo tanto, es seguro decir que no hemos captado la verdadera naturaleza de la vida cristiana a menos que percibamos esta verdad fundamental. Si imaginamos que, por algún esfuerzo de nuestra propia voluntad, podemos hacer lo que el Señor espera de nosotros, estamos seriamente equivocados. Pablo expone esta realidad en Romanos 7 con gran claridad. Todo cristiano necesita entender esto también, y con urgencia.

### El Espíritu de resurrección

Sin embargo, como hemos visto, el hecho de que el cuerpo del cristiano *esté muerto a causa del pecado* es solo la mitad de la verdad que Pablo afirma en Romanos 8:10. La otra mitad es fundamentalmente una buena noticia: *mas el espíritu vive a causa de la justicia*.

En otras palabras, el propio *Espíritu de vida* de Dios también habita en la misma casa física espiritualmente muerta en la que vivimos. Y la razón por la que Él puede morar allí es *a causa de la justicia*. Es decir, el cristiano ha sido justificado por la fe y ha recibido la *justicia* imputada de Dios (véase Romanos 3:21-22)<sup>3</sup>. Como resultado, el Espíritu Santo puede y, de hecho, establece su residencia permanente en el propio cuerpo del cristiano.

Esto, por supuesto, es cierto para todo cristiano nacido de nuevo. Como Pablo ha insistido en Romanos 8:9: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. El Espíritu de Dios, por lo tanto, mora en todo creyente, aunque el cuerpo físico de ese creyente esté *muerto a causa del pecado*.

La realidad de la presencia del Espíritu en nuestro interior conduce a una posibilidad asombrosa. Su gran poder puede “resucitar” el cuerpo espiritualmente muerto que habitamos durante nuestras vidas en la tierra. Este es precisamente el sentido de Pablo en Romanos 8:11 cuando declara: “*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a*

---

<sup>3</sup> Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, — Romanos 3:21-22

## ¿Cómo?

*Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”.*

A menudo, sin embargo, los lectores entienden Romanos 8:11 como una referencia a la resurrección **futura**, pero esta interpretación pasa por alto el contexto y el hilo del pensamiento de Pablo. El tema “muerto/vivo” del versículo 10 continúa en el versículo 11 y culmina en los versículos 12-13. En estos dos últimos versículos, Pablo extrae esta conclusión: “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis [es decir, cosecharéis la experiencia del cuerpo ‘muerto’]; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis [es decir, cosecharéis las experiencias del *Espíritu de vida*]”.

El apóstol quiere que sus lectores sepan que el mismo poder que operó en la resurrección del Señor Jesucristo puede operar también en ellos. Puesto que *el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros*, Dios puede *vivificar* nuestros *cuerpos mortales* por medio de ese mismo Espíritu.

Que esto quede perfectamente claro. Pablo está hablando a lectores que **ya** han nacido de nuevo. Así que en Romanos 8:11 no se refiere a la “resurrección” espiritual interior que es parte de venir a la vida en Cristo Jesús (véase Efesios 2:5)<sup>4</sup>. Más bien, está hablando de una experiencia que pertenece a la vida cristiana.

Por lo tanto, la magnífica conclusión para el cristiano es que, “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13). Es decir, “viviréis” por medio del poder resucitador del Espíritu de Dios.

De especial interés aquí es la palabra *mortales* (versículo 11). La palabra griega original, al igual que en español, significa “sujeto a la muerte”. Esto presenta una perspectiva interesante.

El cuerpo espiritualmente muerto que es, por así decirlo, “resucitado” por el poder del Espíritu de Dios, sigue siendo, sin embargo, un cuerpo *mortal* y, por lo tanto, sujeto a la muerte. Así, en estos cuerpos frágiles y *mortales*, podemos tener

---

<sup>4</sup> aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), — Efesios 2:5

## ¿Cómo?

una experiencia de vida que manifiesta el poder resucitador de Dios.

La vida cristiana, por lo tanto, es el milagro **de Dios** en **nuestros** cuerpos *mortales*. No es en absoluto el producto de la fuerza ni de la determinación humanas. Es una obra sobrenatural de Dios.

Esta es una conclusión verdaderamente emocionante. Las palabras dirigidas al profeta Zacarías son plenamente apropiadas también aquí: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

## Conclusión

Las palabras de Pablo en Romanos 8:10-13 nos llevan a una conclusión importante. Es esta: si vemos a una persona viviendo la verdadera vida cristiana, ¡estamos contemplando **un milagro de resurrección!** No estamos viendo una experiencia basada en el esfuerzo humano, la determinación o la fuerza de voluntad. Estamos viendo la acción del poder de Dios.

Por tanto, el primer secreto de la vida cristiana es este: ¡**es un milagro de resurrección!** En otras palabras, es el milagro de vivir una vida resucitada incluso antes de que Cristo nos resucite físicamente.

## El espejo maravilloso de Dios

**L**a vida cristiana se vive mediante el poder sobrenatural de Dios. Según Romanos 8:10-13, como acabamos de ver, vivir esta vida requiere la resurrección de un cuerpo espiritualmente muerto. Solo el Espíritu de Dios puede realizar este milagro.

Pero ¿cómo hace esto el Espíritu de Dios? Naturalmente, una respuesta es “por su poder”. Pero ¿cómo hace Él actuar este poder en un cristiano en particular? Esta pregunta nos lleva a otro secreto vital de la experiencia cristiana.

2 Corintios 3:18 nos revela ese secreto. Allí Pablo escribe:

*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.*

Aquí nos encontramos con la profunda verdad de la transformación espiritual. Evidentemente, esta verdad está implícita en las declaraciones de Romanos 8:10-11. Si nuestros frágiles cuerpos mortales han de “cobrar vida” como vehículos para la vida de Dios dentro de nosotros, la transformación espiritual debe ocurrir. Y si ocurre, el proceso implicado será el que describe 2 Corintios 3:18.

Necesitamos examinar de cerca este proceso.

### Mirando en el espejo

El apóstol Pablo habla en 2 Corintios 3:18 de mirar la *gloria del Señor* y de hacerlo *como en un espejo*. Se trata de una figura de lenguaje excepcional, que merece toda nuestra atención.

El contexto de esta declaración deja claro que el *espejo* al que se refiere son las Escrituras, específicamente el Antiguo Testamento (2 Corintios 3:12-16)<sup>1</sup>. Por

---

<sup>1</sup> Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza; y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había

## El espejo maravilloso de Dios

supuesto, el Nuevo Testamento todavía se estaba completando cuando Pablo escribió estas palabras. Pero el Nuevo Testamento es también Escritura en el sentido más pleno de ese término. La dinámica espiritual que posee el Antiguo Testamento la posee también el Nuevo.

De ello se sigue que la Biblia en su totalidad es el instrumento que el Espíritu Santo usa para cambiarnos. Por así decirlo, la Palabra de Dios es su “espejo maravilloso”.

Algunos lectores recordarán el encantador cuento infantil titulado “Blancanieves y los siete enanitos”. En él, la bruja malvada poseía un espejo maravilloso al que preguntaba repetidamente: “Espejo, espejo en la pared, ¿quién es la más bella de todas?” Un día el espejo dejó de decirle que ella era “la más bella” y, para su indignación, le informó que Blancanieves era “la más bella de todas”.

El “espejo maravilloso” de Dios, en cambio, nunca deja de decirnos que nuestro Señor Jesucristo es “el más hermoso de todos”. Así, en un gran Salmo mesiánico acerca del Rey, el escritor inspirado declara: “Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al Rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero” (Salmo 45:1). Luego, hablando directamente a esta Persona real, el salmista se desborda en alabanza: “Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios” (Salmo 45:2).

En el Nuevo Testamento también, un apóstol maravillado escribe: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Unos versículos después, el mismo escritor afirma audazmente: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Dios, se nos dice, se revela en su Hijo.

Declaraciones directas de las Escrituras como estas ejemplifican una de las

---

de ser abolido. Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. – 2 Corintios 3:12-16

## El espejo maravilloso de Dios

características más fundamentales de la Biblia. Tomadas en su totalidad, las Escrituras inspiradas son un poderoso testimonio divino de la excelencia superlativa del Hijo de Dios. Dan un testimonio vibrante de cada aspecto de su *gloria*.

No es de extrañar que el Señor Jesucristo confrontara a un público judío hostil con estas palabras: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Y en otra ocasión, mientras caminaba hacia Emaús con dos de sus discípulos, aprendemos que “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27).

Más tarde ese mismo día, a un grupo mayor de discípulos les explicó: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”. Luego, en una declaración de profundo significado, Lucas nos dice que “les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lucas 24:44-45).

Por lo tanto, comprender las Escrituras requiere verlas como un reflejo de Jesucristo. Son como un *espejo* que el Espíritu Santo sostiene ante la persona y la obra del Hijo de Dios. Con la perfección de la inspiración divina, las Escrituras capturan la *gloria* de nuestro Señor y Salvador en todos sus innumerables aspectos, y reflejan esa *gloria* a quienes tienen ojos para verla.

Cuando ocurre este proceso, tiene lugar la transformación espiritual.

### Nuestro rostro descubierto

Este proceso transformador requiere no solo un espejo, sino también alguien que mire. De la persona que *mira, como en un espejo, la gloria del Señor*, el apóstol nos da una descripción sencilla pero vital. Esta persona realiza esta acción con el *rostro descubierto*. Debemos considerar cuidadosamente lo que esto significa.

El trasfondo del Antiguo Testamento es indispensable para entender lo que Pablo tiene en mente. En el relato del Éxodo al que Pablo alude, Moisés acababa de estar en presencia de Dios en el monte Sinaí. Llevaba el segundo conjunto de

## El espejo maravilloso de Dios

tablas que contenían los Diez Mandamientos. Pero Moisés no sabía que su rostro resplandecía (Éxodo 34:28-29)<sup>2</sup>.

Al principio, Aarón y el pueblo de Israel “tuvieron miedo de acercarse a él” (Éxodo 34:30) a causa de la “gloria” que resplandecía de su rostro. Pero cuando Moisés llamó a Aarón y a los gobernantes, ellos “volvieron a él” y “Moisés les habló” (Éxodo 34:31). Más tarde también habló al pueblo, pero “cuando acabó Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro” (Éxodo 34:32-33).

El resultado de estos acontecimientos fue este: “Cuando venía Moisés delante de Jehová para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía” (Éxodo 34:34a). Pero una vez que había salido y comunicado los mandamientos de Dios al pueblo de Dios (Éxodo 34:34b), entonces ponía de nuevo el velo. Así, “al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con Dios” (Éxodo 34:35).

En presencia de Israel, por lo tanto, Moisés habitualmente velaba su rostro, excepto cuando hablaba la Palabra de Dios al pueblo. Pero cuando entraba en la presencia de Dios, siempre lo hacía con el *rostro descubierto*.

Parece evidente, por lo tanto, que Pablo entendía el encuentro transformador del cristiano con el *espejo* de Dios como un encuentro con el Dios de las Escrituras. Ir a la Palabra debería ser como ir **a la presencia** del Autor de la Palabra. A través de las Escrituras, por decirlo así, nos ponemos cara a cara con *el Señor*, como Moisés lo hizo en el monte Sinaí.

El *rostro descubierto*, por lo tanto, sugiere una completa apertura y exposición *a la gloria del Señor*, del tipo que Moisés mismo experimentó al entrar en la presencia divina. No hace falta decirlo: no debemos “ocultar” nuestro rostro de Dios en ningún sentido. Ser menos que plenamente abiertos a su Palabra,

---

<sup>2</sup> Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos.

Y aconteció que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios. – Éxodo 34:28-29

## El espejo maravilloso de Dios

evidentemente, obstaculiza la obra transformadora del Espíritu.

Pero aunque la “apertura” a Dios está implícita en el texto de Pablo, ese no es el punto principal aquí. Consideremos más de cerca lo que quiere decir.

### El corazón creyente

Al utilizar el velo de Moisés como una metáfora aplicable al tiempo presente (2 Corintios 3:13-16), Pablo nos muestra la estrecha conexión del velo con la incredulidad de los hijos de Israel.

Porque “el entendimiento de ellos [de Israel] se embotó”, nos dice Pablo, y por eso “cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto” (2 Corintios 3:14). Pero desde otra perspectiva, Pablo señala que “cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre **el corazón de ellos**” (2 Corintios 3:15; énfasis añadido), pero “cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará” (2 Corintios 3:16). [En el texto griego, el sujeto de “se conviertan” en 2 Corintios 3:16 se entiende mejor como referencia al “corazón de ellos” mencionado en el versículo anterior].

El punto de Pablo es que Israel, en incredulidad, no puede apreciar genuinamente ni entender sus propias Escrituras. Solo cuando su corazón se vuelva al Señor Jesucristo en fe podrá comprender verdaderamente esos escritos. Hasta entonces, las Escrituras y su corazón permanecen velados, de modo que malinterpretan fundamentalmente la Palabra de Dios.

Pero para el cristiano esto no es así. Más bien, cuando el cristiano se acerca al *espejo* de la Palabra de Dios, lo hace con el rostro descubierto. En otras palabras, el cristiano se acerca a este *espejo* habiendo ya puesto su fe en Jesucristo, una fe de la que Israel carece trágicamente.

La fe en el Señor Jesucristo, por lo tanto, es un requisito previo para *mirar... la gloria del Señor*. Como resultado, también es una condición previa para experimentar el poder transformador del Espíritu.

Este punto es crucial. Basta un solo momento de fe para creer en Cristo y ser eternamente salvo. Pero necesitamos **seguir** creyendo en Él para experimentar el proceso de crecimiento y cambio. Por eso Pablo nos dice, en otro pasaje, que “lo

## El espejo maravilloso de Dios

que ahora vivo en la carne, lo vivo **en la fe** del Hijo de Dios” (Gálatas 2:20; énfasis añadido). Nuestra fe en Jesucristo es fundamental para la obra transformadora de Dios en nosotros.

Dicho muy sencillamente, siempre debemos acercarnos al *espejo* de Dios con fe en Jesús.

### De gloria a gloria

Debemos aprender una verdad adicional de la rica enseñanza de Pablo en 2 Corintios 3:18. La transformación cristiana no ocurre de una sola vez.

A diferencia de la experiencia de la salvación eterna, que queda resuelta para siempre en un momento en el tiempo, la relación del cristiano con el *espejo* de la Palabra de Dios es para toda la vida. Como otras Escrituras también enseñan (por ejemplo, 2 Pedro 3:18)<sup>3</sup>, la vida cristiana es un proceso de crecimiento. El objetivo, por supuesto, es la madurez espiritual (véase Hebreos 5:12-14)<sup>4</sup>.

(Conviene señalar, sin embargo, que el proceso de crecimiento cristiano **no** es automático. El mandato de Pedro de crecer [2 Pedro 3:18] está acompañado de una advertencia contra el retroceso [2 Pedro 3:17]<sup>5</sup> )

Desde la perspectiva de 2 Corintios 3:18, el objetivo no es nada menos que una conformidad cada vez mayor a la semejanza de Jesucristo. *Mirar como en un espejo la gloria del Señor* tiene precisamente este efecto. Pablo lo describe de esta manera: *somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen*.

Como Moisés, por tanto, entramos una y otra vez en la presencia de Dios cada

---

<sup>3</sup> Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. – 2 Pedro 3:18

<sup>4</sup> Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal. – Hebreos 5:12-14

<sup>5</sup> Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. – 2 Pedro 3:17

## El espejo maravilloso de Dios

vez que acudimos a su Palabra. Cuando lo hacemos con verdadera apertura y fe, el Espíritu Santo no solo nos muestra la gloria de nuestro Salvador, sino que también usa lo que nos muestra para cambiarnos de modo que esa gloria se refleje cada vez más en nuestras vidas.

Esta es una concepción verdaderamente inspiradora de la vida cristiana. A medida que avanzamos hacia nuestro objetivo final de plena semejanza al Hijo de Dios (véase Romanos 8:28-30)<sup>6</sup>, el Espíritu de Dios nos impulsa hacia esa glorificación final pasando de una etapa de transformación a otra, *de gloria en gloria*. Esta semejanza creciente con nuestro Señor y Salvador es precisamente lo que significa el crecimiento cristiano.

Pero las palabras finales de 2 Corintios 3:18 reafirman lo que también vimos en Romanos 8:11. La transformación que Pablo describe no es nuestra obra, sino la obra del Espíritu Santo. Las palabras de Pablo afirman claramente que este es un proceso llevado a cabo *por el Espíritu del Señor*. Lo mismo es cierto en Romanos 8:11. Solo el Espíritu del Señor puede crear vida de resurrección en nuestros cuerpos espiritualmente muertos antes de que seamos resucitados (o cambiados) físicamente en la venida de Cristo.

El crecimiento cristiano, y el cambio que produce, es una obra de Dios.

## Conclusión

La experiencia de los dos discípulos en el camino a Emaús nos proporciona un prototipo de la experiencia del cristiano con la Palabra de Dios.

Jesús mismo era el Maestro, pero evidentemente el Espíritu Santo estaba obrando en los corazones de los dos hombres que escuchaban. El resultado fue que estos hombres aprendieron y fueron profundamente afectados por lo que oyeron

---

<sup>6</sup> Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó. – Romanos 8:28-30

## El espejo maravilloso de Dios

(Lucas 24:32-35)<sup>7</sup>.

En el pasaje paulino que hemos considerado, el Señor y su Espíritu no aparecen claramente diferenciados. De hecho, Pablo afirma: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Por lo tanto, es correcto decir que la obra de transformación en la vida del cristiano es la obra de nuestro Señor y Salvador resucitado, Jesucristo, por medio de su Espíritu, que obra con gracia y eficacia.

Repitémoslo una vez más: nosotros no nos cambiamos a nosotros mismos; **¡Él nos cambia!**

Así que el segundo secreto de la vida cristiana es este: **¡es un milagro de transformación!** Es decir, Dios hace algo más que capacitarnos para vivir una vida de resurrección; también nos cambia milagrosamente. Como resultado, nuestras palabras y acciones reflejan cada vez más a nuestro Salvador Jesucristo.

---

<sup>7</sup> Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón. Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan. – Lucas 24:32-35

## Ver lo que somos

La riqueza de la ilustración bíblica siempre es impresionante. Esto es sin duda cierto en el ejemplo del espejo que acabamos de considerar. De hecho, el “espejo” de Dios nos ofrece lo que podríamos llamar un “doble reflejo”.

Este “doble reflejo” nos llevará a otro secreto de la vida cristiana.

Fue Santiago, el medio hermano de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien habló de este segundo aspecto del espejo de Dios. Sus palabras aparecen en el primer capítulo de su epístola, donde escribe:

*Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era.*

- Santiago 1:22-24

La declaración de Santiago sobre *considerar* el propio rostro natural en *un espejo* es única en el Nuevo Testamento. El *espejo*, por supuesto, es una vez más la *Palabra* de Dios a la que Santiago se refiere en el versículo 22. Pero ¿qué significa la referencia a nuestro *rostro natural* en el versículo 23?

El griego de esta frase ha desconcertado a menudo a los intérpretes de Santiago. En particular, las palabras *tēs geneseōs* (traducidas como *natural* por la RVR1960 y otras versiones) han parecido problemáticas para muchos. La NVI omite completamente estas dos palabras y simplemente dice: “como el que se mira el rostro en un espejo”.

La palabra *genesis*, de la que derivamos nuestra palabra “génesis”, puede expresar ideas como “comienzo”, “origen”, “descendencia” o incluso “existencia”. Pero otro significado bien atestiguado es el de “nacimiento”. El léxico estándar

griego-inglés revisado [BDAG, publicado en 2000] reconoce este significado tanto en el griego secular como en el bíblico. Además, es el sentido que mejor se ajusta a este contexto.

Por tanto, proponemos la siguiente traducción: “él es semejante al hombre que considera en un espejo **el rostro de su nacimiento** [= el rostro con el que nació]”. ¿Qué significa esto espiritualmente?

### Nuestro segundo nacimiento

Es sumamente importante notar que Santiago 1:23 sigue a otra declaración importante sobre el “nacimiento”.

En 1:17 Santiago declara que “toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces”. Inmediatamente les recuerda a sus lectores el don perfecto por excelencia que todos habían recibido de su **Padre** celestial (versículo 18). Ese don no era otro que el del “nacimiento” espiritual.

Sus palabras en Santiago 1:18 son estas:

*Él, de su voluntad, **nos hizo nacer** por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas* (énfasis añadido).

La palabra griega traducida aquí por “nos hizo nacer” básicamente significa “dar a luz” o “traer al mundo”. La declaración de Santiago, por supuesto, nos recuerda las palabras similares del apóstol Pedro. Pedro asimismo afirma que fuimos “renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).

Tanto Pedro como Santiago, por lo tanto, declaran que nuestro nuevo nacimiento es por medio de la Palabra de Dios.

Notemos cuidadosamente, entonces, que Dios nos “**hizo nacer**” usando como instrumento suyo “**la palabra de verdad**”. Las personas son salvas en el mismo momento en que creen en cualquiera de las promesas que Dios hace en su Palabra acerca de dar vida eterna al que cree en Jesús. Ejemplos bien conocidos de tales promesas son Juan 3:16; 5:24; 6:47, entre muchos otros.

Pero, como ya hemos visto, la Palabra de Dios es también el instrumento por

## Ver lo que somos

el cual el Espíritu Santo nos transforma cada vez más a la semejanza de Jesucristo (2 Corintios 3:18). Así podemos decir dos cosas: (1) la Palabra de Dios debe recibirse en fe para que Dios nos “haga nacer” (es decir, para que nos regenere), y (2) la Palabra también debe recibirse en fe para que Dios nos transforme.

Este último punto fue el énfasis principal del capítulo anterior.

Es natural, por tanto, que Santiago pase de una referencia a nuestro nuevo nacimiento (Santiago 1:18) a una consideración del papel de la Palabra de Dios en la vida cristiana (Santiago 1:21-25). El cristiano debe recibirla de la manera adecuada (Santiago 1:21)<sup>1</sup>. Pero este proceso de recibir instrucción bíblica debe ir seguido de una respuesta obediente. Debemos ser “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

Con sorprendente frecuencia, los cristianos se han engañado a sí mismos pensando que la mera exposición a la Palabra de Dios será eficaz para la vida cristiana. Pueden pensar, por ejemplo, que oír un buen sermón o escuchar una enseñanza edificante los hará mejores. Pero esto es un autoengaño. El efecto de la Palabra solo se produce verdaderamente cuando se pone en práctica. Hablaremos más de esto en los capítulos siguientes.

Por ahora, sin embargo, debemos notar que un mero oír de la palabra es como una persona que olvida lo que ve en su espejo. ¡Olvida el **rostro de su nacimiento!**

## El rostro de nuestro nacimiento

Espiritualmente, ¿cuál es **el rostro de nuestro nacimiento?**

A la luz del contexto de Santiago 1, es natural relacionar esta expresión con la única referencia a nuestro nacimiento en el capítulo —es decir, a nuestro nacimiento de lo alto (Santiago 1:18)—. En ese caso, el rostro de nuestro nacimiento representa lo que somos interiormente en virtud de haber nacido de lo alto. Una nueva “persona” vive dentro de la misma vieja casa física (el cuerpo), y

---

<sup>1</sup> Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. – Santiago 1:21

podemos ver a esta “persona” en el espejo de la Palabra de Dios.

Oír la Palabra de Dios expuesta correctamente, o leerla con discernimiento y comprensión espiritual, significa que hemos contemplado lo que verdaderamente somos por la gracia de Dios. Pero como ya hemos visto, también significa contemplar la gloria de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

¿Pueden ser ciertas ambas cosas al mismo tiempo?

La respuesta es, sin duda, sí. De hecho, percibir y contemplar la gloria moral y espiritual del Señor Jesucristo significa ver lo que verdaderamente somos como resultado de haber nacido de lo alto. Por supuesto, nuestro destino es ser como Él en la totalidad de nuestro ser (Romanos 8:29). Pero ese proceso comienza con una **transformación interior** radical: el nuevo nacimiento.

**Desde el momento de la regeneración, poseemos una naturaleza interior sin pecado.**

Los cristianos a menudo no son conscientes de este hecho. Saben demasiado bien que tienen una gran cantidad de pecado en sus vidas. Les parece poco probable que tengan una naturaleza interior básicamente sin pecado. Son dolorosamente conscientes de la contaminación del pecado en su experiencia interior.

Sin embargo, el hecho es que pueden decir, junto con Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Pero si “Cristo vive en” nosotros, entonces esa vida —en la medida en que la vive **Él**— solo puede ser sin pecado.

Esta verdad concuerda con numerosas Escrituras. Por un lado, si tenemos vida eterna, tenemos a Cristo, porque “el que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:12). De hecho, Él mismo es “el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20; énfasis añadido). Por eso, a quienes poseen vida eterna, Juan también puede decirles: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Juan 5:18; véase también 3:9).

En el mismo sentido, la lucha personal de Pablo con su cuerpo físico pecaminoso lo llevó a una comprensión doble de sí mismo. Al final de Romanos 7 es capaz de concluir: “Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas

## Ver lo que somos

con la carne a la ley del pecado” (Romanos 7:25). Mi verdadero yo —diría Pablo— sirve a la ley de Dios.

En la declaración que acabamos de citar, la palabra que Pablo usa para “servir” es un término fuerte (*douleuō*), que significa “servir como esclavo”. Pablo nos está diciendo aquí que su “hombre interior” es esclavo de “la ley de Dios”, mientras que su cuerpo físico está esclavizado a “la ley del pecado”. Desde la perspectiva de Pablo, su naturaleza interior **solo** podía producir **obediencia**. Pero esto se veía obstaculizado y bloqueado por el dominio de la carne en su cuerpo físico.

Como vimos en nuestro primer capítulo, Pablo nos enseña que nuestro cuerpo está “muerto” e incapaz de expresar la vida de Dios que está dentro de nosotros. Solo el poder resucitador del Espíritu Santo que mora en nosotros puede vencer esta muerte.

Por lo tanto, los pasajes que acabamos de citar nos conducen a una verdad muy importante.

Debemos concluir que las Escrituras del Nuevo Testamento enseñan que, cuando nacemos de nuevo, Dios nos imparte una naturaleza espiritual que responde solo a su Palabra y su voluntad. Esta naturaleza interior tiene una semejanza moral con el Hijo sin pecado de Dios. Interiormente, por lo tanto, tenemos un “rostro espiritual” que es como el rostro de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

De ello se desprende que, al contemplar **al Señor Jesucristo** en la Palabra de Dios, vemos cómo somos nosotros mismos en lo más profundo de nuestro ser. ¡En la Palabra de Dios vemos tanto **su rostro** como **el nuestro!**

## La ley de la libertad

Según Santiago, la persona que contempla “el rostro de su nacimiento” en el espejo de la Palabra de Dios es responsable de avanzar en obediencia. Cuando falla en hacerlo, ha olvidado *cómo era* (Santiago 1:24).

En el ámbito físico, las personas no olvidan fácilmente cómo se ven en un espejo. Aunque lo hagan, pueden apresurarse a volver a mirarse. Una diligencia

## Ver lo que somos

similar debería caracterizar a los cristianos. Deberíamos observar con cuidado lo que somos, por la gracia de Dios, en nuestro yo más íntimo. Deberíamos llevar con nosotros ese recuerdo a lo largo de la vida cotidiana.

¿Qué diferencia hay entre oír de manera olvidadiza y oír de manera obediente? Discutiremos esto con más detalle en capítulos posteriores, pero por ahora se pueden hacer algunas observaciones.

En esencia, la obediencia que nace de oír correctamente brota de que la belleza moral y espiritual del Señor Jesucristo nos impacte profundamente. El cristiano puede gozarse al darse cuenta de que esa belleza interior le pertenece por el nuevo nacimiento. Puede sentirse inspirado a expresar esa belleza mediante la obediencia. Pero, por supuesto, esta “cautivación” del corazón por la “belleza de Jesús” es la obra del Espíritu Santo de Dios por medio de la Palabra de Dios.

Sin embargo, una breve reflexión mostrará que el oír obediente no puede ser el resultado de una enorme carga de culpa ni de un peso intolerable de obligación. Si tal respuesta no surge de nuestro yo más íntimo como un deseo profundamente sentido, sigue siendo una obra de la carne. El espíritu del legalista está muy lejos de lo que estamos hablando aquí.

Por eso Santiago continúa diciendo esto:

*Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, este será bienaventurado en lo que hace.*

- Santiago 1:25

Es sorprendente que en esta declaración Santiago ahora se refiera a la Palabra de Dios como “la perfecta ley, la de la libertad”. Lejos de ser una carga, la ley de la libertad nos libera para ser lo que verdaderamente somos en virtud de nuestro nacimiento de lo alto (véase nuevamente 1:18). Cuando la vida cristiana se convierte en una carga que debemos “arrastrar”, hemos olvidado lo que verdaderamente somos. La vida en Cristo es verdadera **libertad**.

De hecho, eso es precisamente lo que Pablo dice en 2 Corintios 3:17: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay **libertad**” (énfasis añadido). En contraste con la ley de Moisés —diría Pablo—, la obra

## Ver lo que somos

transformadora del Espíritu Santo (véase el versículo 18) es una expresión de verdadera **libertad**.

Como cabría esperar, el apóstol Juan dice esencialmente lo mismo. Afirma que los cristianos obedientes “no solo guardan sus mandamientos”, sino que también encuentran que “sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3).

Todos hemos oído predicaciones que nos dejaron sintiéndonos culpables e indignos. Pero es de esperar que también hayamos oído la Palabra de Dios ministrada de tal manera que deseáramos intensamente obedecerla. En el primer caso, la predicación no nos mostró la maravillosa libertad de la **perfecta ley de la libertad** de Dios. En el segundo caso, percibimos la tremenda libertad que viene de actuar de acuerdo con lo que realmente somos como personas nacidas de lo alto.

Pero incluso en este último caso, necesitamos la ayuda del Espíritu de Dios para actuar según lo que hemos oído y así llegar a ser en la práctica lo que ya somos en nuestro ser interior. De lo contrario, nos convertimos en oidores olvidadizos, que no relacionan su comportamiento diario con su verdadera identidad en Jesucristo.

## Conclusión

Así que ahora vemos que la Palabra de Dios nos ofrece un “doble reflejo”.

Por un lado, su Palabra nos muestra la gloria moral y espiritual de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Pero, por otro lado, esa misma Palabra nos muestra “el rostro de nuestro nacimiento espiritual”. Y sin embargo, estos dos reflejos están en armonía. ¡Jesucristo mismo es la vida eterna que ya tenemos dentro de nosotros, y cuando esa vida se vive, es Jesucristo viviendo en mí (Gálatas 2:20)<sup>2</sup>!

La vida cristiana, por lo tanto, es Dios obrando en nuestra experiencia lo que ya somos por el nuevo nacimiento. Es el espejo de la Palabra de Dios transformándonos a través del ministerio del Espíritu de Dios. Es la expresión

---

<sup>2</sup> Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. – Gálatas 2:20

## Ver lo que somos

creciente, en palabra y obra, de lo que hemos llegado a ser por el milagro del nuevo nacimiento.

Aquí está, entonces, el tercer secreto de la vida cristiana: **¡llegar a ser en la experiencia lo que ya somos en nuestro ser más íntimo!** A la luz de los capítulos anteriores, podemos decir que Dios quiere producir en nosotros una vida de resurrección que implique una transformación a la semejanza de Jesucristo. Esta semejanza ya es nuestra interiormente por el nuevo nacimiento.

## Viviendo en la luz

**C**omo hemos visto, la Palabra de Dios es una fuente brillante de luz espiritual. El esplendor de nuestro Señor y Salvador Jesucristo brilla intensamente en sus páginas. Pero en esas mismas páginas resplandece una imagen cautivadora de nuestro nuevo yo interior, creado a semejanza del Hijo de Dios.

Tanto Pablo como Santiago nos enseñan que debemos vivir vidas que sean profundamente moldeadas por lo que vemos en el espejo de Dios.

Por lo tanto, se sigue que Dios nos llama a vivir en la luz de la verdad que la Escritura nos revela. Es decir, debemos vivir conscientes de lo que **Él es** y de lo que **somos y seremos** por su gracia. Pero esto significará vivir con nuestros corazones abiertos a la Palabra de Dios. O, como afirma el apóstol Juan, debemos **andar en luz**.

Las palabras de Juan sobre este punto son absolutamente fundamentales para la vida cristiana. Él escribe:

*Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.*

*1 Juan 1:6-7*

Examinemos esta verdad de suma importancia con sumo cuidado.

## Comunión en la luz

En inglés, la palabra “fellowship” (comunión) es una de esas palabras “escurridizas” que significan cosas distintas para diferentes personas.

Con frecuencia, la comunión se relaciona con ocasiones en las que dos o más personas pasan un buen rato juntas mientras charlan o participan en alguna

actividad común. La jovialidad, el placer y la risa a menudo se asocian con la experiencia de la comunión con otros.

Con menos frecuencia, la comunión se entiende como cooperar unos con otros en el trabajo, o como compartir alguna tarea desagradable. De hecho, la mayoría de las veces los cristianos perciben la comunión de una manera algo superficial.

Sin embargo, la palabra griega traducida como *comunión* en 1 Juan 1:6-7 (*koinōnia*) tiene el significado básico de “compartir”. Como es evidente, muchas cosas pueden ser compartidas por los seres humanos unos con otros, e incluso con Dios. En la Biblia, cuando se usa esta palabra, el contexto determina qué es lo que se “comparte”.

En 1 Juan 1:6-7, este “compartir” es un compartir de *la luz*. De hecho, Juan acaba de declarar que “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (v. 5). Por lo tanto, se sigue que *si... andamos en tinieblas* no podemos tener comunión con Dios, aunque *digamos que la tenemos*. La razón es simple: ¡Dios no compartirá las tinieblas con nosotros!

Por supuesto, aquí estamos hablando de la experiencia. Naturalmente, el hijo de Dios comparte en todo momento la posesión de la vida de Dios (= vida eterna), al igual que un niño comparte los genes de sus padres humanos. Pero los niños que están distanciados de sus padres y viven en otro lugar no comparten nada con ellos de manera **experiencial**.

Del mismo modo, un cristiano que anda en tinieblas está viviendo en un lugar donde su Padre celestial no vive. Lo que allí experimenta, lo experimenta al margen de Dios. El compartir, en el sentido en que Juan lo entiende, solo puede tener lugar *en la luz*.

La *comunión*, nos asegura el apóstol, tiene lugar *si andamos en luz, como él está en luz*. La *luz*, por lo tanto, es el denominador común fundamental de toda *comunión* con Dios. Cualquier otra cosa que podamos compartir con Él de manera experiencial, siempre la compartimos *en la luz*, porque ahí es donde *Él está*.

Sin embargo, uno podría plantear esta pregunta: Incluso cuando estamos *en luz*, ¿cómo puede Dios tener *comunión* con seres tan pecaminosos como nosotros? Como cristianos nacidos de nuevo, sabemos que estamos justificados ante el

tribunal de Dios. Pero también sabemos que queda mucho pecado real en nosotros, incluso en nuestro estado más espiritual. De hecho, acercarnos a Dios nos hace más conscientes de nuestras propias faltas.

¿Cómo, entonces, puede un Dios perfectamente santo (1 Juan 1:5) tener comunión con nosotros? La respuesta aparece en las palabras de Juan en 1 Juan 1:7.

Juan escribe que *si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros*. Pero esto no es todo. El apóstol añade: *...y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*.

En otras palabras, nuestra *comunión unos con otros* es posible de manera continua por el poder limpiador de *la sangre de Jesucristo*. Aquí, por supuesto, *unos con otros* no se refiere a nuestra comunión con otros cristianos. Eso no es lo que Juan está discutiendo. Más bien, está hablando de nuestra *comunión* con Dios y la de Él con nosotros.

Es importante notar que Juan no dice que *la sangre de Jesucristo nos haya limpiado de todo pecado*, sino que **nos limpia** (tiempo presente). Por lo tanto, esta acción limpiadora es algo que tiene lugar **mientras andamos en luz**.

De esto se sigue una verdad sencilla pero profunda. Es cierto que *la sangre* del Hijo de Dios proporciona la base sobre la que todo creyente es eternamente salvo. Pero como muestran las palabras de Juan, también proporciona la base sobre la que Dios y nosotros podemos tener *comunión unos con otros*. ¡Y esto es cierto incluso cuando *estamos andando en luz!*

Dicho de otra manera, no ocurre ni un solo momento de comunión con Dios sin que esta acción limpiadora también ocurra. Si pensamos que hay algún momento en que no necesitamos limpieza, solo nos engañamos a nosotros mismos, porque no hay momento en el que podamos afirmar que “no tenemos pecado” (1 Juan 1:8).

Por lo tanto, en virtud del poder de la muerte de Cristo, todo cristiano puede tener *comunión* con un Dios infinitamente santo *en la luz* de su verdad. *La sangre de Jesucristo su Hijo* hace esto posible de manera maravillosa.

## Abiertos a Dios

Pero esto lleva a otra pregunta. ¿Qué significa *andar en luz*?

Pues bien, una inspección detallada del contexto inmediato (1 Juan 1:5-10) muestra que Juan está enfatizando la importancia de la honestidad y de afrontar la realidad. Esta es una consideración crucial.

El apóstol nos advierte que si afirmamos tener *comuni3n* con Dios mientras andamos en tinieblas, estamos **mintiendo** (versículo 6). Adem1s, si somos tan necios como para afirmar sinceramente que no tenemos pecado, entonces nos estamos **engañando a nosotros mismos** (versículo 8). Por otro lado, si “confesamos nuestros pecados”, es decir, si los **reconocemos honestamente ante Dios**, obtenemos su perd3n (versículo 9).

Pero supongamos que, en lugar de confesar un pecado en particular, **negamos** que lo hayamos cometido. ¿Qué sucede entonces? En ese caso, estamos contradiciendo su Palabra, que nos ha mostrado nuestro pecado, y en efecto **estamos llam1ndolo mentiroso** (versículo 10).

Así, la discusi3n de Juan gira en torno a la **integridad espiritual**.

Es digno de notar que el ap3stol no nos llama a *andar conforme a la luz*. ¡M1s bien nos llama a *andar en luz*! Si nos detenemos a pensarlo, nunca podríamos andar **conforme a la luz**, ya que, como insiste Juan, “Dios es luz, y no hay **ningunas tinieblas** en 3l” (versículo 5). Claramente tendríamos que ser completamente sin pecado para andar **conforme a** ese tipo de luz. Pero **no** somos completamente sin pecado (versículo 8).

Sin embargo, **podemos andar en luz**. B1sicamente, por lo tanto, *andar en* ella es *andar* expuestos a todo lo que la luz hace visible. En otras palabras, *andar en luz* es vivir **abiertos a la luz y a todo lo que ella pueda revelarnos**.

Sin duda, un creyente reci3n salvo no puede ver tan claramente en esta luz como un creyente maduro. Sus ojos reci3n abiertos deben acostumbrarse a *la luz*. Es decir, ¡necesita ense1anza! Pero la apertura *a la luz* es una cualidad que pueden poseer verdaderamente tanto los nuevos en la fe como aquellos que han sido cristianos durante mucho tiempo. ¡Cualquier cristiano **puede andar en luz**!

Pero sin apertura a Dios, no puede ocurrir ninguna *comuni3n* con él.

## **Beneficindonos de la luz de Dios**

Hasta ahora hemos visto tres cosas fundamentales que revela *la luz* de la Palabra de Dios. Estas son: (1) la gloria de nuestro Señor Jesucristo; (2) el rostro de nuestro nacimiento espiritual; y (3) la presencia de pecado en nuestras vidas. Estas tres realidades estn entrelazadas y afectan significativamente la vida cristiana.

Por ejemplo, supongamos que como creyente en Jesucristo no tengo conciencia de ninguna de las maneras en que no estoy a la altura de la gloria de mi Señor. Esto no es meramente una falla en reconocer mis pecados. También implica un fracaso en percibir verdaderamente “la gloria del Señor” o en discernir verdaderamente lo que soy por mi nacimiento espiritual sobrenatural.

Si observo la revelaci3n de Dios de su Hijo en las Escrituras, c3mo puedo estar viendo algo significativo si no detecto también ninguna conducta o actitud que est fuera de armonía con lo que él es? O c3mo puedo ser consciente de mi verdadera naturaleza interior si no veo nada incompatible con ella en lo que hago o digo?

La autopercepci3n es un ingrediente indispensable en el proceso espiritual de ver **la gloria del Señor** o ver **el rostro de nuestro nacimiento**. La luz de estas realidades nos permite ver c3mo nuestro comportamiento real desagrada a Dios. Y, una vez que hemos aprendido esto, necesitaremos confesar nuestros pecados.

De esto se sigue, entonces, que el autojuicio es un acompañante necesario de toda transformaci3n espiritual. Sin él, el crecimiento espiritual no ocurrirá.

Pero recordemos lo que observamos en 2 Corintios 3:18. La transformaci3n espiritual es un **proceso**, y procede de una etapa de gloria a otra. Es un camino diseñado para llevarnos de manera constante adelante en la senda hacia nuestro destino final: la conformidad espiritual perfecta con Jesucristo.

Pero no aprendo todo de una vez. No veo todo lo que la luz de la Palabra de Dios puede enseñarme en un día, o una semana, o un año. No descubro todos mis fallos de la noche a la mañana. Crecer lleva tiempo!

¡De hecho, lleva toda una **vida**!

Es evidente, entonces, que hay una gran riqueza de verdad que se puede ver *en la luz*. Pero ya que no la veo toda de una vez, es esencial que continúe andando en ella día tras día. Para hacer esto, debo seguir confesando todos los pecados que la luz me muestra. La confesión y el perdón divino sostienen mi comunión con Dios. Es decir, Él y yo podemos continuar **compartiendo** *la luz*.

A medida que este andar en luz tiene lugar, el Espíritu Santo podrá cambiarme. Pero si me aparto hacia las tinieblas, el proceso de cambio se detendrá y puede incluso retroceder, hasta que regrese a la *comunión* con Dios.

Una ilustración puede ayudar. Supongamos que voy con regularidad a un lugar favorito en un hermoso parque para relajarme y disfrutar de la belleza de la naturaleza. Con el tiempo, noto las innumerables y detalladas características de esa porción particular de la naturaleza. Incluso después de ir allí durante años y contemplar el paisaje, puedo descubrir alguna característica maravillosa que siempre se me había escapado. Tal vez un nido de pájaros casi oculto en las ramas de un árbol, o quizás una diminuta lombriz ocupada en su actividad silenciosa.

Pero si dejo de ir a este lugar, mi contacto con sus realidades disminuirá. Poco a poco, iré perdiendo cada vez más mi visión de sus delicados detalles y mi sentido de su exquisita belleza.

Por supuesto, esto es solo una ilustración. Pero es obvio que vivir en tinieblas espirituales, como un hábito constante de vida, haría que mi percepción de la belleza y del poder de las realidades espirituales se fuera apagando gradualmente. Andar *en luz* mantiene estas realidades vivamente presentes ante los ojos de mi corazón.

Vivir *en la luz*, por lo tanto, es un hábito cristiano fundamental que debe cultivarse y mantenerse. Sin hacerlo, no hay crecimiento en gracia.

## Conclusión

El cristiano necesita mantener en todo momento una plena apertura a la verdad de la Palabra de Dios. Cuando esto se hace, la confesión de pecado tendrá lugar siempre que la Palabra revele la necesidad de hacerlo.

A medida que nuestro andar en luz continúa, podemos ver cada vez más la gloria de nuestro Señor y comprender cada vez mejor lo que significa tener su vida dentro de nosotros.

Por supuesto, toda percepción real de la verdad de Dios depende del ministerio de enseñanza del Espíritu Santo (1 Corintios 2:11-12)<sup>1</sup>. Su obra, como siempre, es indispensable para la transformación cristiana. Pero Él no hace esta obra en las tinieblas. En las tinieblas, Dios puede disciplinarnos y corregirnos (véase Hebreos 12:5-6)<sup>2</sup>. Pero la obra de transformación tiene lugar solo *mientras andamos en luz*, completamente expuestos a cualquier cosa que Dios quiera mostrarnos.

Así, el cuarto secreto de la vida cristiana puede expresarse de esta manera: **vivir con el corazón abierto a la verdad de Dios**. Para que el Espíritu de Dios nos transforme y produzca en nosotros la vida de resurrección que expresa lo que somos por el nuevo nacimiento, necesitamos mantener una actitud receptiva a la luz de la Palabra de Dios.

---

<sup>1</sup> Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. <sup>12</sup> Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, – 1 Corinthians 2:11-12

<sup>2</sup> y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,

Ni desmayes cuando eres reprendido por él;

Porque el Señor al que ama, disciplina,

Y azota a todo el que recibe por hijo

– Hebreos 12:5-6

## Si pedimos

**S**ería interesante hacer una encuesta detallada sobre el contenido de las oraciones que los cristianos hacen en privado. Tal encuesta podría revelar algunos hechos sorprendentes.

Uno de estos hechos podría ser que muchos cristianos pasan demasiado tiempo orando por asuntos en los que Dios no ha revelado su voluntad, ¡y demasiado poco orando por asuntos en los que sí la ha revelado!

Esto nos recuerda algunas palabras bien conocidas que aparecen cerca del final de la primera epístola de Juan. Si una persona ha asistido a un gran número de reuniones de oración, probablemente ha oído estas palabras citadas o leídas más de una vez. Las palabras son estas:

*Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.*

*- 1 Juan 5:14-15*

Un número sorprendente de personas cree que estos versículos indican nuestra necesidad de fe. Están convencidas de que debemos persuadirnos de que Dios va a hacer una determinada cosa. Si lo hacemos, entonces (como afirman estos versículos) obtendremos lo que le pedimos a Dios. En este escenario, pedir conforme a su voluntad equivale a convencerme de que Dios actuará de una manera particular.

Pero persuadirnos de que es la voluntad de Dios hacer algo, y saber realmente que lo es, no es lo mismo. En el primer caso, mi autopersuasión puede ser en realidad un autoengaño.

¿Cómo puedo saber qué es conforme a su voluntad? La respuesta es profundamente simple. Podemos saberlo por medio de su Palabra. Pero ¿se conecta

este simple hecho de alguna manera con el tema de la transformación cristiana?

¡Ciertamente que sí! Veamos cómo.

### La obediencia no es una carga

La garantía del apóstol sobre la oración en 1 Juan 5:14-15 pertenece a un contexto que se remonta hasta 5:3b. Allí Juan dice (¡sorprendentemente!) que los mandamientos de Dios “no son gravosos”. Obviamente, esta afirmación impactante invita a examinarla de cerca.

Dios nos ha mandado amar a nuestros hermanos en Cristo (1 Juan 4:21)<sup>1</sup>. Así que, en el versículo inicial del quinto capítulo, el apóstol identifica al “hermano” a quien debemos amar. Ese hermano es todo aquel que “cree que Jesús es el Cristo”, ya que aquel que cree esto “es nacido de Dios” (1 Juan 5:1).

Pero ¿cómo **sabemos** cuándo “amamos [a estos] hijos de Dios”? El cristiano bien puede preguntarse cómo, o si, puede cumplir este mandamiento aparentemente difícil. (¡Algunos cristianos no son fáciles de amar!) Según Juan, la forma en que sabemos esto no es cuando “sentimos” algo en particular hacia otros cristianos. Más bien, lo sabemos “cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos” (1 Juan 5:2).

Pero entonces, ¿cómo **sabemos** cuándo “amamos a Dios”? La respuesta impactante de Juan es: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos” (1 Juan 5:3). ¡Asombrosamente, entonces, el amor tanto a nuestros hermanos cristianos como a Dios mismo se resume en —y se incluye en— **guardar los mandamientos de Dios!**

Pero la siguiente cuestión que surge es obvia: ¿Es esto difícil? Ahora podría parecer que **un** mandamiento difícil ha dado paso a un gran conjunto de mandamientos. El cristiano puede pensar que esto parece más difícil que antes. ¡Incluso suena como una gran carga!

Por lo tanto, Juan nos asegura que **no** es así. ¡Afirma rotundamente que “sus

---

<sup>1</sup> Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano. — 1 Juan 4:21

mandamientos no son gravosos”! Sin embargo, el número de personas que han pensado que los mandamientos de Dios **son** una carga es realmente muy grande. ¿Qué tiene Juan en mente?

### Venciendo al mundo

Como Juan continúa diciendo (1 Juan 5:4), la razón por la que los mandamientos de Dios no son una carga es que “todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”. El nuevo nacimiento por la fe en Jesucristo es, por lo tanto, en sí mismo una victoria sobre “el mundo”.

“El mundo”, por supuesto, es un sistema dominado por Satanás (véase 1 Juan 5:19)<sup>2</sup>. Satanás trabaja arduamente para impedir el nuevo nacimiento (véase 2 Corintios 4:3-4; Lucas 8:12)<sup>3</sup>. Crea en el mundo un ethos que es hostil a la fe en Cristo. Todos hemos visto la realidad de esto en los medios y en la vida cotidiana. Por lo tanto, cada vez que alguien cree en Cristo, “el dios de este siglo” sufre una derrota. En ese sentido, “el mundo” ha sido vencido cuando alguien “es nacido de Dios”.

Esto es precisamente lo que Juan tiene en mente, pues continúa diciendo: “y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Juan 5:4-5).

Pero ¿cómo se relaciona esto con el hecho de que “sus mandamientos no son gravosos”? Sigamos el hilo de pensamiento de Juan hasta llegar al versículo 13.

La Persona en quien el “vencedor del mundo” ha creído se identifica (versículo 6) como Aquel cuyo ministerio terrenal comenzó con el bautismo (es decir, “agua”) y terminó en su muerte (es decir, “sangre”). Estos dos acontecimientos históricos (su bautismo y su muerte en la cruz) se combinan con

---

<sup>2</sup> Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. – 1 Juan 5:19

<sup>3</sup> Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. – 2 Corintios 4:3-4

Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. – Lucas 8:12

## Si pedimos

el testimonio del Espíritu Santo para dar testimonio de que Jesús es el Cristo (versículos 7-8<sup>4</sup> [citados aquí sin las palabras disputadas de la “coma joánica”])<sup>5</sup>. Cuando se recibe (= se cree en) el testimonio de Dios acerca de esta verdad, el resultado es la posesión segura de la vida eterna (versículos 9-12)<sup>6</sup>.

Así, lo que Juan acaba de escribir en los versículos 6-12 (¡no en toda la epístola!) tiene como propósito tranquilizar a los lectores y asegurarles que su fe les ha traído verdaderamente la vida eterna. Los anticristos negaban este hecho al negar que Jesús era el Cristo (véase 1 Juan 2:22-26).

El apóstol persigue dos objetivos al escribir de esta manera. El versículo 13 expone esos objetivos. Son: (1) que los lectores sepan, sobre la base del testimonio de Dios mismo, que tienen la vida eterna mediante la fe en el nombre de Jesús; y (2) ¡que los lectores **continúen teniendo fe** en ese nombre!

Este último punto contiene la clave para la sorprendente realidad de que los “mandamientos [de Dios] no son gravosos” (véase el versículo 3b). ¿Cómo funciona esto exactamente?

## Fe en su nombre

El punto decisivo para Juan es que sus lectores deben seguir creyendo en el nombre del Hijo de Dios (1 Juan 5:13).

Aunque en el griego de la declaración de Juan no aparecen palabras equivalentes a “continuar” (la NKJV añade “continue to” en cursiva), la idea que expresan es esencialmente correcta. Más literalmente, 1 Juan 5:13 puede traducirse

---

<sup>4</sup> Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. – 1 Juan 5:7-8

<sup>5</sup> La mayoría y los manuscritos griegos más antiguos del Nuevo Testamento omiten las palabras desde “en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra:” en 1 Juan 5:7-8.

<sup>6</sup> Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. – 1 Juan 5:9-12

## Si pedimos

así: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Juan 5:13, RVR1960). [La forma más larga del versículo, como en la NKJV, sigue correctamente el Texto Mayoritario.]<sup>7</sup>.

Pero esto plantea una pregunta. Puesto que aquellos que ya habían creído en Cristo para vida eterna ya la poseían, ¿qué significan entonces las palabras “para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”?

La respuesta se da de inmediato en términos de oración (versículo 14). Debemos recordar que Jesús enseñó a sus discípulos a orar **en su nombre** (véase Juan 14:13-14; 15:16; 16:23-24)<sup>8</sup>. Así que el creyente que sabe que tiene vida eterna por fe en el nombre de Jesús es alentado a creer también en la eficacia de su nombre en la oración.

Pero la eficacia de ese nombre en la oración obviamente depende de que pidamos conforme a su voluntad. El nombre de nuestro Señor y Salvador nunca puede invocarse eficazmente para algo que sea contrario a la voluntad de Dios. No importa cuán sinceramente creamos que lo que pedimos es *conforme a su voluntad*; si estamos equivocados, usar su nombre no resultará en una respuesta a esa oración.

¿Cuál es, entonces, su voluntad? La respuesta es: “sus mandamientos”. De eso podemos estar completamente seguros. Así que, si quiero orar *conforme a su voluntad*, ¿cómo puedo hacerlo mejor que orando para que Dios me capacite para guardar esos mandamientos?

En realidad, esto explica cómo los mandamientos de Dios “no son gravosos”.

---

<sup>7</sup> El Texto Mayoritario es el texto griego que se encuentra en la mayoría de los manuscritos griegos antiguos del Nuevo Testamento.

<sup>8</sup> Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré. – Juan 14:13-14

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. – Juan 15:16

En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. – Juan 16:23-24

## Si pedimos

Si de hecho llevo a Dios en oración mi deseo de obedecerlos y le pido que me capacite para hacerlo, he pedido *conforme a su voluntad*. La “carga” se convierte así en suya, no en mía. ¡Y Él es más que capaz de producir en mí la obediencia que pido en el nombre de su Hijo!

De este modo, por fe triunfamos **de nuevo** sobre el mundo, tal como lo hicimos cuando inicialmente depositamos nuestra fe en el Hijo de Dios para vida eterna. Esta victoria adicional ocurre cada vez que guardamos sus mandamientos como resultado de nuestra fe continua en su nombre. La victoria sobre el mundo, por lo tanto, es la verdadera herencia de aquellos que han nacido de Dios, precisamente porque su nueva vida se adquiere en primer lugar y luego se vive por la fe en el Hijo de Dios.

¿No dijo Pablo exactamente eso? “Ya no vivo yo —escribe—, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo **en la fe del Hijo de Dios**, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20; énfasis añadido).

## Saber qué esperar

Sin embargo, debemos tener cuidado de no formar expectativas que este pasaje no fomenta. Por ejemplo, cuando pedimos a Dios ayuda para obedecer sus mandamientos, no debemos pensar que desde ese momento podremos hacerlo sin fallar. No se nos presenta aquí tal expectativa.

Al contrario, simplemente se nos dice que *si sabemos que él nos oye... sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho* (versículo 15). Esto no dice que las tengamos, sino que **sabemos que las tenemos**. Es decir, sabemos que Dios responderá nuestra oración y nos dará lo que hemos pedido. Pero el momento de su respuesta lo determina Él.

De hecho, si hemos captado los principios presentados en los capítulos anteriores de este libro, deberíamos esperar que pueda transcurrir un período de tiempo. Pues, como hemos visto, la obra del Espíritu de Dios en transformarnos es un **proceso** que avanza de etapa en etapa (“de gloria en gloria”: 2 Corintios 3:18).

## Si pedimos

Es un proceso de crecimiento y maduración (2 Pedro 3:18; Efesios 4:14-15)<sup>9</sup>. ¡Dios no nos “cambia al instante” y nos hace maduros!

Como ocurre con muchas otras oraciones nuestras, debemos estar preparados para “esperar en” el Señor. Podemos estar confiados en su respuesta, pero no debemos impacientarnos. Debemos dejar que Él obre en nosotros a su manera y en su propio tiempo.

Cuando hacemos esto, recibimos la respuesta deseada en el buen tiempo de Dios.

## Conclusión

Es extraño cuánto tiempo nos toma a algunos de nosotros aprender la relevancia de la oración para nuestro crecimiento en la obediencia cristiana. Cuesta desprenderse del instinto tan humano de decir: “Puedo hacerlo si me esfuerzo lo suficiente”. Pero eso es exactamente lo que **no podemos** hacer.

Como hemos visto desde el principio, la vida cristiana es un milagro de resurrección obrado por el poder del Espíritu Santo. Es Él quien nos transforma al capacitarnos para ver la “gloria del Señor” en las páginas de la Escritura. Es Él quien nos enseña a ver en la Palabra el verdadero “rostro de nuestro nacimiento”. Sin el poder del Espíritu, no podemos lograr nada.

De ello se deduce que deberíamos pedir a Dios que obre esta transformación en nosotros. Si no lo pedimos, estamos cometiendo un error. En ese caso, tenemos demasiada confianza en nosotros mismos, o damos por sentada la obra del Espíritu de Dios, o no tenemos un verdadero sentido de nuestra profunda pecaminosidad, o alguna otra razón similar.

Sin embargo, el hecho sigue siendo que ningún cristiano puede vivir eficazmente sin oración. El quinto secreto de la vida cristiana, por lo tanto, es este: **una respuesta a nuestras oraciones**. Así, a medida que nuestras oraciones son

---

<sup>9</sup> para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, <sup>15</sup> sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, – Efesios 4:14-15

## **Si pedimos**

respondidas, el Espíritu Santo transforma nuestra experiencia. Lo que somos como personas regeneradas encuentra expresión en una “resurrección” espiritual de estos cuerpos terrenales. Este proceso nos conforma cada vez más a la verdad que estamos aprendiendo mientras vivimos en la luz de Dios.

## Una mentalidad espiritual

**E**n los capítulos anteriores hemos considerado el papel del Espíritu Santo, el papel de la Palabra de Dios y el papel de la oración en la experiencia de la vida cristiana. Ahora debemos examinar cómo estos tres factores cruciales actúan conjuntamente en la vida diaria.

Por supuesto, la mayoría de los cristianos tienen una idea general sobre cómo se relacionan estos factores entre sí. Pero a menudo esa idea no pasa de ser una noción vaga, que nunca ha sido realmente reflexionada a fondo. Necesitamos considerar este tema más cuidadosamente.

Nos ayudará a comprender mejor las cosas si pensamos en términos de una **mentalidad espiritual**. El texto clave para este concepto se encuentra en Romanos 8, el mismo pasaje bíblico que consideramos en el primer capítulo de este libro.

En Romanos 8:5-6, el apóstol Pablo nos dice esto:

*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.*

Estas palabras contienen algunas ideas de enorme importancia. Examinémoslas de cerca.

### Vida y muerte

El concepto de Pablo sobre la vida cristiana estaba inseparablemente entrelazado con su convicción de que, en Cristo, él había muerto y también había sido resucitado a vida nueva (Romanos 6:3-4). Por lo tanto, los cristianos deberían considerarse a sí mismos “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:11).

Pero como vimos en el primer capítulo, esta verdad describe nuestro ser interior, **no el cuerpo** (Romanos 8:10). El cuerpo, de hecho, permanece

## Una mentalidad espiritual

espiritualmente muerto. Solo el “Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús” puede triunfar sobre la muerte espiritual de nuestros cuerpos físicos (Romanos 8:11).

En los versículos que estamos examinando ahora (Romanos 8:5-6) encontramos el mismo contraste entre vida y muerte que hallamos en Romanos 8:10-11. Según el apóstol, la *vida* y la *paz* vienen de tener una *mentalidad espiritual*, mientras que la *muerte* es el resultado de tener una *mentalidad carnal* (Romanos 8:6).

Exactamente lo mismo ocurre con la declaración de Romanos 8:13 que examinamos en nuestro primer capítulo. Puesto que el cuerpo físico está “muerto a causa del pecado” (Romanos 8:10), se deduce que “si vivís según la carne, moriréis” (Romanos 8:13a). Pero puesto que el Espíritu de vida de Dios reside dentro, entonces también se deduce que “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13b).

En otras palabras, nuestras vidas pueden expresar o bien la “muerte” de nuestros cuerpos o la vida del Espíritu de Dios dentro. “Muerte” y “vida” son nuestras opciones espirituales. Pero, como Romanos 8:6 deja claro, estas opciones son el resultado de dos **mentalidades** opuestas.

Este hecho es sumamente importante. Según Pablo, “*porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu [ponen su mente], en las cosas del Espíritu*” (Romanos 8:5). Claramente, la **mentalidad** de uno es el factor decisivo.

Además, no hay manera de vivir *siendo del Espíritu* mientras se piensa *en las cosas de la carne*. La razón por la que esto es imposible es simple: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). Tal **mentalidad** nunca puede ser el vehículo para la verdadera santidad.

No hay manera de producir espiritualidad desde una perspectiva carnal.

## La mentalidad carnal

La mayoría de los cristianos estarían de acuerdo en que tenemos una

## Una mentalidad espiritual

*mentalidad carnal* cuando nuestras mentes están enfocadas en cosas pecaminosas. Si pienso mucho en mis deseos malvados, entonces claramente mi perspectiva es carnal.

Pero las palabras griegas traducidas como *ocuparse de la carne* literalmente significan algo así como “la forma de pensar de la carne”. En términos de las palabras mismas, esto no tiene por qué referirse exclusivamente a cosas que son obviamente pecaminosas. Limitarlo a tales cosas sería extremadamente simplista.

La mentalidad carnal es multifacética. Necesitamos continuamente la Palabra de Dios para identificar las variadas formas de pensar, vivir y hacer las cosas que son esencialmente carnales por naturaleza. El enfoque “carnal” de la vida es algo que aprendemos a dejar de lado, “poco a poco”, a medida que una mentalidad cristiana se desarrolla y madura (véase también Romanos 12:2)<sup>1</sup>.

De hecho, en el capítulo anterior (Romanos 7), Pablo ha descrito lo que bien puede llamarse “la forma de pensar de la carne”. Había estado luchando por cumplir la ley de Dios con su propia fuerza (Romanos 7:14-25), y había fracasado repetidamente. Su esfuerzo extenuante por vivir a la altura de la ley de Dios es exactamente la forma en que la carne piensa que este proceso debe llevarse a cabo.

En un nivel puramente humano, es muy difícil para cualquiera admitir su propia incapacidad para estar a la altura de los estándares de Dios. Tal admisión es un golpe al orgullo humano y a la autoestima. ¡Y hay pocos tipos de orgullo que sean peores que el orgullo “religioso” (o “espiritual”)!

El clamor que concluye Romanos 7 es lo opuesto al orgullo: “¡Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). ¡No es el tipo de clamor que “la carne” quiera hacer! Tal clamor nos aparta directamente de la autosuficiencia y de la confianza en uno mismo.

Es importante entender, por lo tanto, que la vida cristiana **puede** vivirse de una manera “carnal”. Pero eso siempre es un camino hacia la derrota. Para vivir verdaderamente la vida cristiana, la **mentalidad carnal** necesita ser reemplazada

---

<sup>1</sup> No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. – Romanos 12:2

por una **mentalidad espiritual**.

### La mentalidad espiritual

Pablo entendía claramente cómo “escapar” de Romanos 7. La experiencia que describe allí sin duda refleja una etapa anterior en la experiencia de la vida cristiana de Pablo. Romanos 8 da la solución al problema que Pablo enfrentó en Romanos 7.

Por supuesto, la “mentalidad carnal” nunca será completamente o permanentemente conquistada hasta que nuestros cuerpos mortales sean transformados en la venida del Señor (véase Filipenses 3:20-21)<sup>2</sup>. Mientras estemos en nuestros cuerpos actuales, la “mentalidad carnal” siempre puede reafirmarse. Pero la derrota continua que Pablo experimentó en Romanos 7 indudablemente pertenecía ya al pasado para él.

El secreto de su victoria —y la nuestra— es **la mentalidad espiritual**. *Tener una mentalidad espiritual*, nos dice Pablo, *es vida y paz*. La experiencia frustrante y desalentadora de Romanos 7 había terminado para este gran apóstol.

Pero, una vez más, necesitamos observar que la expresión traducida como *ocuparse del Espíritu* puede expresarse de manera más literal como “la forma de pensar del Espíritu”. Así, esta expresión es exactamente paralela a la expresión opuesta *ocuparse de la carne*, que (como vimos) es equivalente a “la forma de pensar de la carne”.

¿Qué es “la forma de pensar del Espíritu”? Pablo no elabora esa idea en Romanos 8. Su propósito en este capítulo consiste básicamente en trazar el contraste entre lo que significa vivir *conforme a la carne* y su opuesto, *vivir conforme al Espíritu*. Lo primero es el camino de la derrota repetida (Romanos 7) y lo segundo es el camino de la victoria espiritual (Romanos 8).

Pero ya sabemos qué entendía Pablo por “la forma de pensar del Espíritu”.

---

<sup>2</sup> Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas. – Filipenses 3:20-21

## Una mentalidad espiritual

¡“La forma de pensar del Espíritu” es pensar en términos de Jesucristo, nuestro Salvador y Señor! Vimos esta verdad sucintamente declarada en 2 Corintios 3:18. El Espíritu usa “la gloria **del Señor**” como el medio para transformarnos a su semejanza espiritual.

Esta verdad vital subyace también en Romanos 6-8, que es una discusión clásica de la experiencia cristiana.

### El poder de la gloria

De hecho, la verdad fundamental de 2 Corintios 3:18 ya ha sido expresada de una manera algo diferente en Romanos 6:3-4. Allí Pablo escribe:

*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.*

De manera llamativa, la resurrección de Jesús de los muertos se atribuye aquí a “la gloria del Padre”. Luego Pablo sugiere —con las palabras “así también”— que ahora podemos andar “en vida nueva” **por ese mismo medio**. Es decir, “la gloria del Padre” por la cual Cristo fue resucitado de los muertos también nos capacita para vivir “en vida nueva”.

Esto implica claramente que este nuevo estilo de vida es, en algún sentido, una “resurrección”. Y eso es precisamente lo que es, como aprendimos de Romanos 8:10-11.

Pero la siguiente pregunta es obvia: ¿dónde encontraremos “la gloria del Padre”? La respuesta, por supuesto, es que la encontramos revelada en su Hijo (véase, por ejemplo, Juan 1:14, 18 y 14:9; Hebreos 1:1-4; Colosenses 1:15-17; 2 Corintios 4:4)<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? – Juan 14:9 Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo,

## Una mentalidad espiritual

Entonces, ¿cómo **veremos** esa gloria? Solo puede haber una respuesta. El Espíritu Santo nos la muestra en la Palabra de Dios. Así, una **mentalidad** creada por lo que el Espíritu nos muestra es exactamente lo que Pablo quiere decir cuando nos anima a *tener una mentalidad espiritual*.

De esto se deduce que una **mentalidad espiritual**, formada por nuestra exposición, guiada por el Espíritu, a “la gloria del Padre” revelada en Jesucristo, es el medio por el cual nuestros cuerpos espiritualmente muertos son “resucitados” y se convierten en los vehículos a través de los cuales “andamos en vida nueva”.

O, en términos de 2 Corintios 3:18, somos transformados a la imagen de Jesucristo “de gloria en gloria... por el Espíritu del Señor”.

### ¿Entonces cómo funciona realmente?

¿Entonces cómo funciona todo esto realmente? ¿Cómo adquiero **la mentalidad espiritual** a través de la cual mi comportamiento es transformado?

Examinemos los elementos básicos implicados.

- (1) La Palabra de Dios es indispensable. Solo en sus páginas podemos encontrarnos con “la gloria del Señor”.
- (2) El Espíritu Santo es indispensable. Él es el agente vivo de cambio en nuestras vidas.
- (3) La oración es indispensable. Debemos pedir la obra transformadora del Espíritu, ya que sabemos que es la voluntad de Dios para nosotros.

---

y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. – Hebreos 1:1-4

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; – Colosenses 1:15-17

## Una mentalidad espiritual

Ahora supongamos que estoy teniendo dificultades para vivir la vida cristiana (como Pablo en Romanos 7). ¿Qué debería hacer? Intentemos responder esa pregunta de la siguiente manera:

- (1) Necesito la Palabra de Dios. Si no leo ni pienso mucho en ella, entonces debería darle un lugar más destacado en mi vida. Tiempos regulares para la lectura y la meditación (Salmos 1:2)<sup>4</sup> pueden ser de ayuda, pero el punto no es la “regimentación”. Lo principal es que la Palabra de Dios debería tener un papel significativo en mi vida diaria.
- (2) Necesito la iluminación del Espíritu Santo en la Palabra de Dios. Si me acerco a la Palabra sin un sentido de dependencia de Él, entonces me acerco de manera equivocada. Solo el Espíritu Santo puede aplicar a mi vida el poder transformador *de la gloria del Señor*.
- (3) Por lo tanto, necesito la oración. Debo buscar el ministerio del Espíritu Santo para mí a través de la Palabra de Dios. Debería **pedir** a Dios que me transforme por su Espíritu. Y si tengo áreas específicas en mi vida que necesitan ser transformadas, puedo pedir específicamente por esas áreas, así como por el ministerio transformador general del Espíritu.

¿Funcionará? ¡Claro que sí! Funcionará porque, *si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye* (1 Juan 5:14). La transformación es la **voluntad de Dios** para nosotros. Y Él lo realizará a través de su Palabra y por su Espíritu.

Podemos ser conscientes o no de que el proceso esté ocurriendo. Como Moisés en la presencia de Dios, la transformación puede ser tan imperceptible que no la notaremos hasta que alguien más nos la señale. Por otro lado, Moisés entró repetidas veces en la presencia de Dios y, al menos después de la primera vez, sabía lo que estaba ocurriendo. El punto, sin embargo, es que este proceso no es fundamentalmente un esfuerzo de nuestra voluntad. Es algo que Dios hace en nosotros y para nosotros. Nuestra conciencia de que esté teniendo lugar no es el

---

<sup>4</sup> Sino que en la ley de Jehová está su delicia. Y en su ley medita de día y de noche – Salmo 1:2

elemento crítico.

Naturalmente, todos tendemos a querer tener un papel activo. Pensamos que deberíamos estar implicados en obras o actividades diseñadas para que el cambio ocurra. Pero cuando nos exponemos, en oración y en fe, al ministerio del Espíritu a través de la Palabra de Dios, ya estamos haciendo todo lo que podemos hacer. Por supuesto, tampoco abandonaremos la enseñanza y la comunión de la iglesia cristiana (Hebreos 10:25)<sup>5</sup>.

Supongamos, entonces, que nos **estamos** encontrando regularmente con Dios a través de su Palabra y dependiendo de su Espíritu para que nos transforme. ¿Qué sucederá? Con el tiempo descubriremos que estamos siendo cambiados. Las viejas formas de pensar y actuar comenzarán a desvanecerse. Una mentalidad obrada por el Espíritu gobernará cada vez más nuestros corazones. Nuevos deseos reemplazarán a los antiguos.

A medida que la obra del Espíritu continúa en nosotros, nos daremos cuenta cada vez más de cómo es realmente el “rostro de nuestro nuevo nacimiento”. Cada vez más actuaremos instintivamente de una manera que exprese lo que ya somos interiormente por la gracia de Dios. No seremos “oidores olvidadizos”.

Sobre todo, descubriremos un amor creciente por nuestro maravilloso Señor y Salvador Jesucristo. Cada vez más, nos sentiremos inspirados a ser más como Él en nuestras palabras y obras. La semejanza a Cristo se irá desarrollando en nosotros, y otros lo verán.

En resumen, ¡estaremos experimentando el milagro de la gracia transformadora de Dios!

### Conclusión

La obra del Espíritu Santo en nosotros produce una forma espiritual de ver las cosas. Esto incluye toda nuestra gama de percepciones.

Aprendemos a pensar acerca de Dios, acerca de nosotros mismos, acerca del

---

<sup>5</sup> no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca. – Hebreos 10:25

## Una mentalidad espiritual

mundo y acerca del pecado desde la perspectiva divina. Esto es más que simplemente tener la doctrina correcta. Significa compartir verdaderamente el punto de vista de Dios.

Puedo saber, por ejemplo, que la Palabra de Dios condena cierta forma de comportamiento. Pero en mi experiencia, puedo considerarlo como atractivo, útil, provechoso o algo semejante. Dios puede necesitar llevarme al punto de verlo como Él lo ve: una forma de comportamiento totalmente aborrecible, personalmente dañina y espiritualmente destructiva.

Cuando lo veo de esa manera, estoy pensando como **Dios** piensa. Entonces será posible dejar de hacerlo.

Así que el sexto y último secreto de la vida cristiana es este: **el resultado de una mentalidad espiritual**. Es esta mentalidad espiritual la que el Espíritu usa para transformarnos, dando como resultado una “resurrección” de nuestro cuerpo físico presente, para que se convierta en un vehículo para la verdadera vida cristiana. De este modo, mientras andamos en luz, expresamos en nuestro estilo de vida lo que somos interiormente como personas nacidas de nuevo. De igual manera, nuestras oraciones por una experiencia cristiana genuina están siendo respondidas. Nos estamos convirtiendo cada vez más en semejantes a Jesucristo, nuestro Señor.

## Epílogo

Una noche, un hombre cristiano mayor llamado Frank llevó a Jimmy a cenar. Jimmy respetaba a este hombre porque su vida parecía tan piadosa como gozosa. Mientras cenaban, tuvieron una conversación importante.

—Jimmy —comenzó Frank—, te he estado observando en la iglesia. Podría estar equivocado, pero no pareces tan feliz como antes. ¿Puedo ayudarte con algo?

—Gracias por preguntar, Frank. Supongo que tendría que admitir que tienes razón. Creo que mi vida cristiana se está desmoronando. No consigo vencer mis malos hábitos.

—¿Realmente estás tratando de vencerlos? —preguntó Frank.

—Sí, de verdad lo intento. Me esfuerzo cada vez más, pero nada parece funcionar.

—Tal vez ese sea el problema.

—¿Cuál es el problema?

—Esforzarte más. No funciona así.

—¿No? Entonces, ¿cómo funciona?

—Es la obra de Dios, Jimmy. Él lo hace a través de su Palabra y por medio de su Espíritu. No podemos hacerlo por nosotros mismos.

—Cuéntame más, Frank.

Y así lo hizo. Compartió con Jimmy los secretos básicos de la vida cristiana que hemos considerado en este libro.

Cuando Jimmy llegó a casa esa noche, sacó su Biblia por primera vez en varias semanas. Antes de comenzar a leer, hizo una oración sencilla:

—Padre, necesito desesperadamente tu Palabra. Necesito que tu Espíritu me ayude a entenderla y a ver a Jesús en ella. Necesito que me cambies por tu poder. No

puedo hacerlo yo mismo.

Hizo una pausa.

—Padre, realmente tengo un problema con mi temperamento en el trabajo. Y necesito un deseo mucho más fuerte de compartir tu Palabra con otros. Por favor, satisface estas necesidades. Lo pido en el nombre del Señor Jesucristo, tu Hijo.

Pasaron varios meses. Un día, un compañero de trabajo se le acercó. Después de intercambiar algunas palabras de rutina, le hizo una pregunta seria.

—¿Qué te ha pasado, Jimmy? Has cambiado.

—¿Qué quieres decir, Bill?

—Bueno, pareces mucho más paciente estos días. No puedo recordar la última vez que perdiste la calma.

—Gracias, Bill. De verdad te agradezco que digas eso. He estado orando por ello.

—¿Lo has hecho? ¿En serio? Eso es genial.

Después de una pausa, Bill dijo:

—Dime, Jimmy, ¿crees que podría almorzar contigo algún día? Tal vez puedas enseñarme algo sobre Dios. Me gustaría aprender a orar también.

—Claro, Bill. Sería un placer.

# ¿Cómo vive un cristiano la vida cristiana?

¿Con mucho esfuerzo?

¿Tomando la firme decisión de hacerlo?

¿Mediante un acto de entrega total a Dios?

¿Dejándolo en manos de Dios?

- ¿Qué dice realmente la Biblia sobre la vida cristiana?
- ¿Son las fórmulas simples el secreto de la experiencia cristiana?
- ¿O es un proceso complicado y difícil?

Este libro aborda esta cuestión mediante un estudio cuidadoso de varios pasajes bíblicos que son centrales para la vida cristiana.

Muchos cristianos solo tienen una idea muy vaga de lo que significa andar con Dios. Este libro busca aclarar ese tema vital.



Zane Clark Hodges (1932–2008) enseñó durante 27 años en el Dallas Theological Seminary como profesor de griego del Nuevo Testamento. Desarrolló su ministerio durante casi 50 años en Victor Street Bible Chapel, una pequeña iglesia del centro de Dallas, Texas. Hodges fue conocido por su fidelidad al texto bíblico mediante el estudio y la oración. Sirvió a personas de toda condición y de todas las edades. Para más información sobre su vida y obra, visita la Biblioteca Zane Hodges en [ZaneHodges.org](http://ZaneHodges.org).

